

Sistemas espaciales y estructuras regionales*

por REMICA (Recerques Midi-Catalunya)

El análisis geográfico del espacio se aplica concretamente a sectores delimitados de la superficie del planeta. Tradicionalmente estos sectores han sido sobre todo las «regiones», hasta el punto de que éstas han podido ser presentadas como niveles privilegiados de la investigación geográfica. Sin embargo, una reflexión teórica y global conduce hoy a poner en duda este privilegio y a emitir nuevas hipótesis de trabajo. Con el propósito de interpretar correctamente el sistema espacial intentaremos aquí establecer los elementos determinantes del funcionamiento general de este sistema. Trataremos, pues, de mostrar cómo y por qué en un país industrializado del tipo de Francia o España el espacio económico aparece estructurado en conjuntos a nivel nacional o local, mientras que no parece tener consistencia a un nivel intermedio o regional.

Las nuevas hipótesis de trabajo que aquí se utilizan evitan, pues, evidentemente, una cierta neutralidad. El análisis geográfico tradicional es en efecto neutro en la medida en que aplicándose a un espacio no político contribuye a la difusión de la ideología dominante. Hoy, sin embargo, resulta importante poder confrontar el resultado de nuevas investigaciones teóricas con la realidad social y cotidiana. Por ello la argumentación que se realiza en este artículo debe ser considerada simplemente como el primer jalón de un enfoque teórico necesario, aunque seamos conscientes de la necesidad de no dejar nunca de lado la práctica social.

* El presente trabajo ha sido elaborado colectivamente durante el primer trimestre de 1972 en el marco del estudio sobre "Las estructuras regionales del Sur de Francia y Cataluña", financiado por el C.N.R.S. (R.C.P. 257). En la discusión han participado Pierre Barrère, Christian Beringuier, André Boudou, Horacio Capel, Micheline Cassou-Mounat, Raymond Dugrand, Robert Ferras, Jean-Paul Ferrier, Eugenio Giral, Michel Idrac, Guy Jalabert, Bernard Kayser, Enric Lluch, Jean Marieu, René Perrin, Jossy Richez, Susanne Savey, Joseph Schultz, Michel Vigoroux y Jean-Paul Volle (Universidades de Aix-Marseille, Barcelona, Bordeaux, Montpellier y Toulouse). La redacción definitiva ha sido realizada por un grupo de trabajo formado por A. BOUDOU, B. KAYSER y R. FERRIN. La versión castellana es de H. Capel.

I

Concebimos el análisis del espacio no como el de una entidad abstracta, ni tampoco como el de un fenómeno, sino como el de un *soporte* de una sociedad y una economía; ello obliga a situar en el centro de la investigación las relaciones de la sociedad con dicho soporte. Mostraremos primeramente que el espacio, producto social, es objeto de una apropiación, el lugar donde se despliegan las estrategias de grupos sociales, a la vez que es también una realidad física y que, por último, se modela según la percepción que se tiene de él. El espacio no puede ser aislado y descrito sin hacer referencia a los sistemas económicos que lo han ocupado, explotado, organizado, y sin referirse también al sistema ideológico que lo modela igualmente, aunque de manera diferente. Este efecto de las sociedades sobre el espacio se traduce en un cierto número de intervenciones físicas, de trabajos, de construcciones, que lo modelan de manera más o menos profunda según el nivel técnico alcanzado por la sociedad.

Este modelado está integrado en la ordenación, constituyendo un conjunto de efectos que pueden dividirse en dos grandes tipos: cerrados, es decir, susceptibles de frenar o incluso de bloquear las intervenciones; abiertos, con posibilidades nuevas de utilización. Algunas de estas huellas —las tramas agrarias, los ejes de circulación, las construcciones— sobreviven a las condiciones económicas y sociales que los produjeron y se imponen a las ordenaciones posteriores. Resulta de ello, evidentemente, que si se quieren desenredar las estructuras del espacio, es preciso hacer referencia a los diferentes sistemas económicos que se han sucedido en el mismo. Como en un determinado momento los diferentes agentes dominan sectores espaciales muy heterogéneos, las marcas que de ello resultan se recubren de manera muy imperfecta. Únicamente los conjuntos administrativos, que presentan gran estabilidad, aparecen constituidos por subconjuntos yuxtapuestos y encajados unos en otros con una cierta regularidad, aunque un «área cultural», por ejemplo, pueda estar fragmentada y repartida entre unidades administrativas, o incluso entre naciones, diferentes. Este modelado superficial, pero significativo, se añade al fenómeno de apropiación que corresponde a los procesos fundamentales de explotación del espacio por los individuos y por los grupos.

Esto último resultaba muy evidente en los sistemas económicos que se basan en la explotación del suelo. De todas formas, en las sociedades postindustriales, en las que el espacio agrícola productivo es cada vez más reducido y en las que la misma industria se dedica cada vez menos a la explotación de un recurso natural clásico, no por ello se asiste a un debilitamiento de las relaciones de propiedad, sino, por el contrario, a la aparición de formas de propiedad más exclusivas que las del mismo sistema feudal: la privatización de los espacios colectivos tales como los sectores litorales o los escasos espacios naturales intactos, y la segregación urbana realizada a partir de la zonificación son las manifestaciones más llamativas de esta tendencia. Así en este sistema el espacio está, más que nunca, dominado —lo que no quiere decir forzosamente apropiado—, valorizado, según la ley del beneficio. Es, lo mismo que

otras fuentes de bienes y riquezas, un elemento por el que empresas y grupos entran en conflicto.

Cada uno de los principales agentes económicos despliegan, en efecto, su estrategia particular en el espacio, estrategia concebida en función de sus objetivos y de sus medios. Debido al gigantismo de las empresas se crean hoy lazos de solidaridad entre partes del espacio que se encuentran separadas por millares de kilómetros. Una decisión tomada en el escalón «central» puede trastornar por completo a un determinado sector mantenido hasta ese momento completamente al margen. Por ejemplo, una determinada decisión de una empresa o de un organismo estatal puede modificar radicalmente las actividades aparentemente dictadas por una pretendida vocación regional para sustituirlas por otras, que corresponden a nuevos objetivos de dichas empresas; en ocasiones, una nueva definición de la vocación regional realizada por los expertos contribuye «científicamente» a asegurar estos objetivos. Se comprende que en estas condiciones surjan por doquier conflictos de tipo residencia-industria, urbanización-agricultura, turismo-espacio natural, que provoquen tensiones a causa de la importancia de los intereses en juego. El espacio, soporte de toda actividad humana, es codiciado y disputado. Lleva la huella de las relaciones de producción, y por consiguiente de la organización social, así como de las contradicciones que en ellas se desarrollan.

A pesar de ser sobre todo un producto social, el espacio no deja de ser por ello una realidad física compleja. Es en efecto un conjunto formado por componentes fisicoquímicos y biológicos, naturales y artificiales en la medida en que las acciones humanas poseen un lugar cada vez mayor —e incluso predominante en las áreas urbanas— en el medio ambiente del hombre. Todo este universo es medible, dosificable, cuantificable, pero la aproximación estática al mismo es insuficiente, porque el espacio no es solamente extenso: posee su dinámica propia. Es la sede de interrelaciones, de combinaciones, de mecanismos, que ponen en juego los diferentes componentes. En él se desarrollan, de forma cíclica, un cierto número de procesos naturales, contribuyendo a la producción de energía utilizable por el hombre, gracias a la fotosíntesis o a la biodegradación de los residuos que acompañan a toda actividad, o incluso a la concentración a lo largo de las cadenas alimenticias de productos tóxicos utilizados por el hombre para aumentar y diversificar la producción de bienes. La potencia técnica puesta al servicio de una producción que la lógica del sistema destina al crecimiento ilimitado necesita actualmente del conjunto del espacio, ya para depositar en él los residuos cada vez más abundantes y peligrosos, ya para obtener de él unos recursos naturales en cantidades tan abundantes que hemos pasado en unos años de su disfrute ilimitado a la necesidad de una gestión organizada.

Pero la toma de conciencia de la deterioración del medio no es más que un aspecto de un fenómeno más general, que introduce un tercer enfoque en el problema del espacio: el de su percepción por el hombre. La Geografía ha mostrado que la imagen que el hombre se forma del espacio y que le permitirá situarse en el cuerpo social es sensorial, personal, propia de cada individuo;

ha tratado de mostrar también cómo a causa del lenguaje las culturas modelan mundos sensoriales diferentes. En esta concepción el espacio pasa a ser un producto cultural específico y su concepción puede variar sensiblemente de un grupo cultural a otro. Por otra parte, las sociedades son, por ejemplo, particularmente eficaces en la configuración de la noción de espacio nacional al nivel de cada individuo.

Finalmente, este condicionamiento de origen socioeconómico ha encontrado un nuevo campo con los medios de comunicación de masas que permiten proponer y generalizar los modelos de una cultura dominante: por ejemplo, los modelos urbanos y arquitectónicos anglosajones o las imágenes estereotipadas de los mercaderes de espacio a través de la publicidad. En realidad, la imagen que el hombre se hace del espacio no es totalmente función de su propia personalidad: evidentemente, depende de manera muy estrecha de la ideología dominante.

II

Si pasamos del plano general al análisis de los espacios organizados, se nos presentan dos niveles: la estructura local, en la que se desarrolla la vida del individuo, y la estructura nacional, correspondiente a la comunidad en la que está integrado. El primer nivel se caracteriza por el predominio de los lazos personales entre individuos, o entre individuos y grupos reducidos, y constituye un tejido de relaciones dominado por los lazos económicos: se elabora, en efecto, a partir de los problemas de la actividad profesional, de la vivienda, de la utilización de los equipamientos. Se inscribe en un espacio limitado, con el cual el individuo se encuentra en contacto directo. Hay una identificación entre este espacio y lo que soporta debido a la realización de una práctica cotidiana que ritma la vida misma. La estructura espacial local puede ser, pues, percibida como una realidad «natural», resultado de un agrupamiento espontáneo. Pero este agrupamiento espontáneo no es homogéneo y permite la existencia de contradicciones y de conflictos internos. La intensidad de las relaciones sobre una porción de espacio reducido exige una regulación, una organización que se realiza a través de la institución municipal. El municipio posee un enraizamiento histórico que refuerza el carácter espontáneo y natural que se atribuye a las estructuras locales.

Estas estructuras locales están, evidentemente, animadas por las contradicciones y los conflictos de la sociedad global y local. Al nivel del hábitat, los antagonismos de clases se traducen en la segregación espacial, tanto si ésta es fruto de la especulación del suelo en ciertos sectores privilegiados (por ejemplo, los centros de las ciudades o los barrios en renovación), como si deriva de motivaciones «técnicas» de la zonificación. La utilización de trabajadores inmigrantes ha reforzado esta tendencia.

Por otra parte, en el dominio de las actividades, la dependencia de los trabajadores respecto al exterior es total. En la agricultura, el productor está

sometido a las fluctuaciones de las cotizaciones en mercados alejados, sobre los que no posee ningún poder. En el sector industrial, la concentración ha supuesto el desplazamiento de los centros de decisión, no quedando a nivel local más que los centros de producción. Sus empleados —obreros y cuadros— sufren las consecuencias de las absorciones y reagrupamientos que, de la noche a la mañana, pueden dejarlos sin empleo. Esta es la razón de que la misma instancia política municipal se encuentre en entredicho, en razón de su tamaño y de sus limitados medios. Se trata de un nivel de decisión que resulta inadecuado ante el aumento de las áreas de relaciones cotidianas que permite hoy el progreso de las comunicaciones. El tamaño de las implantaciones industriales, los imperativos de su localización, las molestias que originan, obligan a alejarlas de los lugares de residencia. El equilibrio residencia-empleo no se puede seguir manteniendo ya en el interior de un mismo municipio. De ello resultan grandes disparidades en el reparto de los recursos y de las cargas entre los distintos términos municipales que a veces integran una aglomeración.

El problema de los recursos financieros municipales, que condiciona las inversiones para realizar una política municipal, permite apreciar en su justo valor la «autonomía» de los ayuntamientos: todo el mundo sabe, por otra parte, que los varios miles de municipios de reducido tamaño existentes en Francia y España son en realidad administrados por la Administración pública. Inadaptación y contradicciones internas minan, pues, las estructuras locales y las hacen depender cada vez más de las decisiones tomadas a nivel nacional.

Si las estructuras nacionales parecen así reforzarse, hay que decir también que han surgido formas de organización supranacionales que podrían desbordarlas. Se trata de espacios económicos multinacionales (como, por ejemplo, el Mercado Común), pero también de espacios limitados por acuerdos monetarios o aduaneros: el nivel internacional interfiere ya con el nivel local. Sin embargo, si es verdad que estas convenciones internacionales limitan, en principio, las prerrogativas nacionales, en realidad también lo es que ninguno de los contratantes se priva de tomar decisiones que van contra los compromisos suscritos cuando estima que éste es su interés. Los acuerdos entre empresas o la adquisición de participaciones contribuyen también a constituir organismos que rebasan los espacios nacionales, pero los lazos entre los gobiernos y las empresas son suficientemente estrechos para que aquéllos puedan pesar casi siempre sobre las decisiones importantes de éstas. El despliegue de las firmas multinacionales sigue así estando ampliamente mediatizado por las instancias nacionales.

Los espacios nacionales están limitados por fronteras que, a pesar de la flexibilidad que exige el desarrollo de los intercambios y la movilidad de las personas, siguen siendo barreras materiales, cortes profundos. Se caracterizan igualmente por fenómenos de concentración en la capital política. La presencia de los centros de decisión gubernamentales incita a los grupos financieros y a las empresas a reagrupar en ellos sus propios órganos de dirección, para beneficiarse de las informaciones y de las relaciones que permite la vecindad y que son indispensables para definir rápidamente su estrategia. Esta concentración es un factor determinante para la clase dirigente, que encuentra en ella las condiciones óptimas para el ejercicio de su dominación.

El espacio nacional es un área de homogeneización: el sistema institucional desempeña un papel capital en este proceso. En primer lugar, a causa de las estructuras piramidales de la administración, que paralizan a los funcionarios de los niveles intermedios y hacen de ellos siempre, sea cual fuere su grado, meros ejecutantes de las voluntades nacionales. Esta tendencia viene acentuada por el hecho de que estos responsables, delegados por la capital, pertenecen frecuentemente a los cuerpos de la Administración y sus modos de pensamiento, sus sistemas de relaciones, sus solidaridades de escuela o de promoción los orientan preferentemente hacia la administración central y el gobierno.

Contribuyen igualmente a esta uniformización la reglamentación y los modelos de decisión elaborados en el escalón nacional: cargados de un valor universal, se aplican en todos los lugares y son buenos para todos, cualesquiera que sean las condiciones locales. Pero hay que reconocer que la referencia a normas fijadas en el plano nacional conduce con frecuencia a auténticas aberraciones, como ocurre con la construcción de viviendas o escuelas según normas homogéneas que olvidan las diferencias climáticas regionales o con las medidas adoptadas para la defensa del medio natural.

Finalmente, el monopolio que detenta el Estado y las clases dominantes en los dominios de la educación, la información y la cultura constituyen un factor de uniformización no menos potente. Los modelos culturales difundidos por la Universidad, la prensa y la televisión, el contenido y la forma de las enseñanzas impartidas a todos los niveles, la represión de la innovación pedagógica, son los principales medios para integrar los individuos en las estructuras nacionales.

En definitiva, éstas aparecen, pues, como muy impersonales en relación con las estructuras locales. La masa de los individuos no las percibe más que a través de los mecanismos elaborados por la clase dirigente y por el Estado para asegurar su inserción en el conjunto nacional. Las innovaciones técnicas son utilizadas en provecho de las instancias centrales y las hacen cada vez más potentes y pesadas, por lo que el individuo se siente cada vez más extraño a las solidaridades impuestas.

Como los espacios locales correspondientes a estructuras socioeconómicas superadas no pueden siempre asegurar al individuo un grado de participación deseable desde el punto de vista de la clase dirigente, algunos han pensado que este papel podría ser desempeñado por espacios intermedios más vastos que los del nivel local.

III

Pero si el problema de los espacios intermedios se plantea de esta forma, ¿no es porque su existencia no se impone de manera evidente?

En el funcionamiento de la economía y de la sociedad nacionales existen, y se reconocen, en efecto, varios niveles intermedios, pero no conjuntos espaciales intermedios. Evidentemente, se alude con frecuencia a una división del espacio nacional en unidades histórico-naturales, división difundida por la cul-

tura escolar, pero esta referencia no recubre unidades funcionales que se inscriban claramente en el espacio. En efecto, a este nivel intermedio ni las estructuras y actividades económicas, ni las estructuras administrativas, ni la sociedad, ni el marco físico, ni tampoco las modalidades de la producción de espacio llegan a engendrar verdaderamente un sistema espacial.

No existe un espacio económico intermedio. Las decisiones fundamentales en materia económica se toman en el escalón nacional y los empresarios integran la totalidad del espacio nacional en sus cálculos; es con referencia a un espacio nacional, cuando no a un espacio internacional, como éstos se determinan.

En primer lugar las relaciones industriales son relaciones intersectoriales y no implican *a priori* relaciones en el interior de un espacio regional, incluso si ciertas ramas (textiles, mecánicas) pueden arrastrar la formación y la estructuración de espacios microrregionales. Así, fuera de algunas regiones industriales muy circunscritas, los lazos son frecuentemente de tipo transregional, incluso en el dominio del subtratamiento industrial.

En segundo lugar, las redes de distribución hacen aparecer esencialmente flujos verticales de distribución con escalones intermedios no significativos, variables según los productos, en la medida en que los estudios de mercado se fundan en la búsqueda de una masa crítica de rentabilidad.

Puede plantearse, de todas formas, el problema de si la definición de los espacios intermedios se realiza fácilmente en función del consumo de servicios. Es verdad que los geógrafos y los economistas se han esforzado en censar «zonas de influencia» y precisar los niveles de una armazón urbana jerarquizada, pero cabe preguntarse si estas zonas de influencia son algo más que simples zonas de mercado. La identificación de un área de distribución regional no implica (por sí sola) la existencia de una zona de influencia. ¿Influencia de quién?, ¿sobre quién?, ¿sobre qué? No es posible hablar de zona de influencia más que a condición de que un sistema institucional, político y administrativo permita a una clase de dirigentes ejercer realmente su influencia, dirigir a las otras clases y «dominar» un espacio regional que depende directa o indirectamente de su poder. Pero la pregunta entonces podría ser la siguiente: ¿es que puede imaginarse en la hora actual un dominio realizado con independencia de la clase dirigente nacional?

A pesar de su omnipresencia, los niveles intermedios administrativos no llegan a estructurar tampoco un sistema espacial: lo que predominan en este caso son los lazos verticales. Es bien conocido que en el sistema piramidal francés o español cada ministerio posee su propia planificación, su propia programación y su propio control financiero en todos los niveles y que la coherencia global de las diferentes intervenciones sólo es controlada en definitiva en el escalón nacional. Los servicios provinciales preservan celosamente su independencia y aplican las directivas superiores, que son, por definición, verticales y sectoriales. Y aun aquí nos encontramos todavía ante un subespacio (la provincia o el departamento) que ofrece, por lo menos en el dominio administra-

tivo, una realidad indiscutible. Por el contrario —y a pesar de las apariencias, en el caso francés—, no se puede decir que los servicios regionales, elementos tenues del sistema administrativo, lleguen a crear por sí mismos estructuras regionales. Los lazos horizontales son hasta tal punto esporádicos que los servicios provinciales se relacionan directamente con la capital nacional para el examen de la mayor parte de los asuntos.

Es verdad que en el marco de los estudios y de la programación se dibuja —en el caso francés, y probablemente no tardará mucho en ocurrir en el español— un sistema regional embrionario. De todas formas sigue siendo impreciso y muy ambiguo, ya que participa a la vez de un movimiento de desconcentración y de descongestión que trata de mejorar el funcionamiento de un Estado excesivamente centralizado, y de la preocupación de coordinar y de racionalizar las decisiones de inversión tomadas en los diferentes sectores locales. Por otra parte, para efectuar una operación concreta, ¿no acostumbra el Estado crear un organismo *ad hoc*, fuera de las estructuras tradicionales locales? Este simple hecho basta para probar la inexistencia de estructuras regionales operacionales.

En el plano social, que es sin duda fundamental, aunque muy mal conocido (¡y por claros motivos!), la ausencia de una clase dirigente específicamente «regional» es patente en la mayor parte de los casos; lo que resulta normal, puesto que con frecuencia no existe verdaderamente un espacio regional que dirigir y dominar. Los diferentes agentes sociales y políticos intervienen bien en el escalón local, bien en el escalón nacional. Es en estos niveles donde los grupos dirigentes actúan, relevados en alguna ocasión por notables de envergadura supralocal que desempeñan más el papel de correas de transmisión que el de elementos con un poder autónomo.

En el dominio cultural, el impacto regional es débil, excepto en el caso en que los grupos étnicos han conservado una cierta cohesión. Pero el renacimiento de los movimientos regionalistas permite pensar que el factor cultural o sociocultural puede revelar, más allá de un folklore retrógrado, raíces «regionales» —o nacionalidades frustradas— relativamente vivaces como para haber podido sufrir varios siglos de acciones centralizadoras y susceptibles, por consiguiente, de ayudar a la identificación de un espacio intermedio. Pero, por el momento, la misma Universidad permanece sin integrarse en un sistema de relaciones horizontales y participa por el contrario en una red de estructuraciones verticales.

El problema de las estructuras espaciales intermedias no puede plantearse solamente en términos de estructuras establecidas; es también el de la producción del espacio. El espacio ordenado y producido depende de tres tipos de intervenciones: el urbanismo (de vivienda), la construcción de infraestructuras, la producción de espacio no construido. ¿Contribuyen estas intervenciones a la formación de espacios intermedios?

La producción de espacios construidos depende, en lo esencial, del nivel local, el cual contribuye a estructurar. Se asiste sin duda a una uniformización en materia de urbanismo y de planificación urbana, lo que contribuye a difun-

dir los mismos modelos de urbanización a través de todo el territorio nacional. Sin embargo, los mecanismos de decisión siguen estando fuertemente mediados, captados, utilizados por los agentes locales, según diversos procedimientos que están evidentemente adaptados a las diferentes condiciones.

Si se realiza un examen detallado se ve que los grandes equipamientos estructurantes que podrían aparecer como ordenaciones «regionalizadoras» desempeñan un débil papel en la constitución de espacios intermedios. Las autopistas, los aeropuertos, los grandes ejes ferroviarios son en realidad infraestructuras centralizadoras que tratan de ligar los espacios vitales del territorio nacional, más que de articular y organizar un espacio regional. Y ello por varias razones. Por una parte, estas grandes infraestructuras se construyen en el espacio y en el tiempo en función de una política nacional que no tiene en cuenta las necesidades locales o regionales. Por otra parte, como su utilización participa de la estrategia de los grupos dominantes nacionales, estas infraestructuras sólo pueden desempeñar un papel regional si son objeto de uso con finalidades regionales.

Por último, las grandes operaciones de «ordenación integrada» corresponden en realidad más a una zonificación del espacio nacional —para un uso estacional, por ejemplo, en ciertos sectores turísticos litorales— que a la producción de espacios intermedios. Los esquemas y planes de ordenación del territorio y las prospectivas para el año 2000 se dirigen en realidad a la instauración de una zonificación muy especializada del espacio nacional.

IV

Si entre el sistema espacial nacional y el sistema espacial local sólo aparecen, en definitiva, niveles o nudos de etapa operacionales, ello no es más que un resultado del juego de fuerzas que actúan sobre el espacio. Es importante, y ello tanto desde el punto de vista teórico como práctico, identificar estas fuerzas.

En términos generales y descriptivos, estas fuerzas pueden ser reducidas a cinco conjuntos principales, a saber: la concentración económica, el avance tecnológico de las comunicaciones, la intensificación de la vida de relaciones, la urbanización masiva y acelerada, y, por último, la voluntad social de control de los mismos procesos espaciales.

La concentración conduce a la destrucción de los sistemas intermedios, en todos los niveles. Esto es evidente en lo que concierne a la adopción de decisiones en las empresas y los circuitos administrativos, que son los ejemplos mejor conocidos y más frecuentemente citados. Pero no menos claro aparece en otros ejemplos que podrían darse. No es sólo el sistema de adopción de decisiones, sino toda la organización comercial en su materialidad la que está en peligro cuando se establecen nuevos circuitos de distribución o de acopio de los productos. Es bien conocido que en el pretendido conflicto entre concentración y descentralización, esta última no es nunca más que un correctivo impuesto: la práctica inexistencia de una descentralización espontánea muestra

hasta qué punto las fuerzas concentradoras y polarizadoras siguen siendo dominantes. ¿A todos los niveles? No, sin duda, ya que si la polarización puede ser efectiva en el plano local, lo es sobre todo en el plano nacional.

La evolución tecnológica en materia de comunicaciones y telecomunicaciones ha favorecido grandemente los procesos de concentración; pero sería equivocado considerar que hay lazos de causa a efecto entre una y otra. El uso de la tecnología no es neutro y el hecho de facilitar o dificultar los accesos en un contexto diferente habría podido actuar contra la concentración: el sentido de los flujos no está determinado por los medios de comunicación. Es verdad que estos nuevos medios no han hecho más que reforzar, en el plano de las decisiones, la tendencia secular a acudir a las instancias más elevadas, y, en el plano material, la posibilidad de evitar rupturas de carga, de transportar más rápidamente en las mejores condiciones de seguridad. En realidad, han conducido a alargar los circuitos y a disminuir la importancia relativa de las redes de nivel regional que podían contribuir a estructurar conjuntos espaciales intermedios.

Pero la intensificación de la vida de relaciones ha podido enmascarar esta evolución, en una cierta medida. En términos absolutos es seguro que la circulación de bienes, de personas y del pensamiento se ha hecho más densa de manera general, y de una manera particular en el espacio urbanizado. Esto se debe naturalmente a la influencia directa del crecimiento económico, aunque sólo sea, por ejemplo, a través del extraordinario desarrollo del parque automovilístico. Pero, ¿no se debe también a la acentuación de la división del trabajo que obliga a relaciones y desplazamientos intensivos? En cualquier caso, esta intensificación modifica progresivamente el espacio, que de alguna manera se espesa con el uso, y cuyos límites en los diferentes niveles pueden tender a modificarse.

La urbanización, fenómeno y proceso fundamental de este siglo, afecta por su parte, de manera drástica, en concomitancia con los factores anteriormente descritos, la dinámica de los sistemas espaciales. Materializa y sintetiza, en efecto, la marcha hacia la concentración, tiende a limitar lo esencial de los intercambios a algunos ejes preferentes y contribuye a la obsolescencia de las estructuras espaciales tradicionales.

Independientemente de estas fuerzas y tendiendo a controlar su curso, la creación de un sistema de «planificación regional», de programas regionales de desarrollo, las intervenciones operacionales de las autoridades centrales de ordenación territorial, la inversión de fondos destinados a financiar acciones de equipamiento específicas y localizadas, dan testimonio de la voluntad política de actuar sobre las estructuras espaciales. A este nivel y en este estadio, es evidente que tanto los grandes proyectos como la práctica cotidiana del Estado se interfieren con los proyectos de los intereses privados. El espacio, lo mismo si se considera como un soporte que si se considera como un bien, es en todo caso objeto de una competición en la que la neutralidad es imposible.

Pero, ¿existe una planificación real en la cual las decisiones del Estado sólo intervengan como elementos de la estrategia de las firmas, o bien ocurre que

la intervención es objeto de un conflicto permanente en el que el Estado defiende el interés colectivo de la nación? Esta pregunta no permite una respuesta unívoca. Pero, de todas formas, parece evidente que los medios de que disponen para controlar el espacio el Estado, las colectividades y los individuos son actualmente insuficientes para que se imponga la voluntad de uno solo de los actores.

A corto plazo el control o incluso la planificación por los intereses privados es bastante evidente. Pero la búsqueda del beneficio a corto plazo impide frecuentemente la intervención de cálculos a largo plazo. Si se examina en todas sus dimensiones el papel de cada actor social, hay que admitir que los procesos de estructuración del espacio escapan a un verdadero control y son resultado del juego de innumerables contradicciones.

Aunque no sea posible establecer un verdadero balance de los efectos de la dinámica general sobre el nivel espacial intermedio, está claro, en definitiva, que el juego histórico de las principales fuerzas descritas anteriormente no ha sido favorable, en su conjunto, a la formación de conjuntos regionales funcionales. A este nivel, las tendencias segregadoras aparecen hoy como infinitamente más fuertes que las tendencias agregadoras. Se comprende así que el tejido de relaciones horizontales que puede dar efectivamente vida a una región, sólo se organice alrededor de los nudos regionales con una extrema lentitud.

Pero frente a esta evolución objetiva, ha nacido y comienza a difundirse la *necesidad de la región*, la necesidad de espacio intermedio. Se trata, en primer lugar, de una exigencia técnica en la medida en que las unidades naturales (cuencas hidrográficas, unidades de relieve...) pueden exigir un tratamiento de conjunto; pero es también una exigencia cultural, sin duda, una exigencia política o, incluso, para algunos, una exigencia económica. La evolución de la «cuestión regional», que ha llegado a ser sensible en gran número de países europeos, puede precipitarse por factores externos que modifiquen el equilibrio de fuerzas actualmente en presencia.

V

En estas condiciones es evidente que comprometerse en el camino de una investigación sobre las estructuras regionales —vía por la que algunos de los geógrafos cuantitativos se orientan siguiendo a los geógrafos tradicionales sin reflexión previa— significa aceptar un *a priori* que, como hemos visto, no puede sostener hipótesis de trabajo serias y rigurosas. El análisis de las pretendidas estructuras regionales no puede conducir más que a la descripción de redes superficiales o superestructurales que, como hemos visto, no expresan, y no pueden expresar, un verdadero conjunto, un verdadero sistema.

Mucho más fecundo, aunque más largo y difícil, parece el camino que pasa por el análisis de los fenómenos espaciales y espacializados en sus interdependencias. Por aproximaciones sucesivas y situándose en distintos escalones de un estudio sectorial u horizontal, se tomará conciencia de los lazos que se forman para inscribirse en el espacio. Poco importan los límites del espacio que se selecciona: hay que partir del nivel inferior. El estudio de las estructuras

del espacio deberá hacerse así en dos momentos: 1.º Reconocimiento de los elementos constitutivos del espacio: es decir, una investigación que debe conducir a determinar estos elementos, a caracterizarlos y a situarlos en relación mutua (localización, tipo de huella espacial, naturaleza e intensidad de las relaciones existentes entre ellos, naturaleza y papel de los agentes, etc.). 2.º Una vez que ha sido posible comprender el sistema espacial en sus articulaciones, determinar su dinámica organizativa, caracterizando su autonomía relativa y el peso de cada elemento del sistema en su evolución funcional.

Pero en un primer momento no debe dudarse en privilegiar determinados temas de investigación, cuya exploración debería permitir descubrir rápidamente qué superposiciones existen entre el espacio vivido y el espacio funcional:

a) El *tema de la urbanización*, en la medida en que esta última aparece como un proceso de homogeneización relacionado con modelos uniformes, merece un análisis sobre bases nuevas. El análisis de la urbanización periférica, es decir, la construcción en la periferia de las ciudades, permite descubrir los procesos y mecanismos de la producción del espacio, al mismo tiempo que exige una nueva aproximación antropológica al tema del «espacio vivido». Debe tenerse también en cuenta la integración general de los espacios; la conquista de los espacios rurales, la competencia por el suelo, el uso de los espacios llamados naturales, todo lo cual crea a través de todo el país tipos de dependencia bastante ilustrativos.

b) El *tema industrialización-desindustrialización* es uno de los más fecundos. En la medida en que la industria sigue siendo el pivote del crecimiento económico, el análisis de los haces de dependencia de los establecimientos orienta toda la reflexión sobre el espacio regional, mientras que el estudio de la evolución de los empleos se sitúa en el centro de las preocupaciones colectivas.

c) El *tema de los poderes* se impone con evidencia y no puede limitarse a las estructuras aparentes. El papel de los grupos y de los agentes debe ser analizado, de la misma forma que lo es el de las instituciones. La organización político-institucional debe ser analizada en tanto que tal, mientras que el impacto de la ideología, estructurante también del espacio, debe ser puesto en evidencia, al igual que el de la organización económica, sin que haya que determinar a priori a cuál corresponde el papel principal.

d) Finalmente, el *tema cultural*. Decir que el conocimiento verdadero del espacio supone el análisis del espacio vivido implica una investigación sobre el «marco de vida» considerado en sus dimensiones más comprehensivas, que son propiamente culturales.

Systèmes spatiaux et structures régionales (résumé)

La «région», cadre traditionnel de l'analyse géographique, est mise en question lorsque l'on envisage de manière théorique le fonctionnement des systèmes spatiaux dans les pays industrialisés. Les hypothèses qui en résultent amènent à supposer que ces espaces paraissent

structurés au niveau national et local alors que les structures intermédiaires ou régionales manquent de personnalité suffisante. Ces hypothèses sont fondées sur les principes suivants: l'espace est le support d'une société et d'une économie et, par conséquent, le centre de la recherche doit être les relations de la société avec son support. L'espace est un produit social, objet d'appropriation et lieu où se déploient les stratégies des groupes sociaux. En même temps, l'espace est une réalité physique, modelée selon la perception qu'on en a. En résumé, l'espace ne peut être ni isolé ni décrit sans considérer les systèmes économiques et idéologiques qui l'ont modelé et le modelent. Ces systèmes dépassent les niveaux local et régional et s'identifient avec le niveau national. Par conséquent, l'existence de systèmes spatiaux intermédiaires ou régionaux peut être discutée; tout au plus on peut parler de zones de marché puisque les forces sociales qui agissent sur l'espace régional sont supra-régionales ou dépendantes des forces nationales. L'identification de ces forces sociales est indispensable pour l'analyse spatiale. En général elles peuvent être réduites à quatre ensembles principaux: la concentration économique, l'état d'avancement technologique des communications, l'intensification de la vie de relation et la volonté sociale de contrôle des processus spatiaux. Toutes ces forces vont à l'encontre des systèmes régionaux à l'exception de la dernière dont le rôle est contradictoire.

Spatial systems and regional structures (abstract)

The "region", that traditional mark of geographical analysis is brought into question by being posed theoretically with reference to the spacial systems in industrialised countries. The resulting hypotheses lead one to suppose that the said spaces are structured on a national or local level, while the intermediate, or regional, structures lack sufficient entity. The said hypothesis is based on the following principles: The space is the support for a society, and an economy, and in consequence, the centre of investigation should be the relations between the society and the support. The space is a social product, an object of possession and the place where the strategies of the social groups are unfolded. At the same time space is a physical reality and also depends upon the perception of the onlooker. To sum up, space cannot be isolated and described without taking into consideration the economic and ideological systems which shaped and are shaping it. These systems overflow the limits of the local and regional levels and identify themselves with the national level. As a consequence it is possible to argue against the existence of regional or intermediate systems, at most one can speak of market zones as the social forces acting on the regional space are supraregional, or dependent on the national space. The identification of these social forces is indispensable to spacial analysis. In general they can be reduced to four main groups: the economic concentration, the technological advance of communications, the intensification of reporting and the social will to control the spatial processes. All these forces are against the regional systems with the exception of the last whose role is in favour of regionalism.